

BR0 2069/6

C U E N T O S I N F A N T I L E S

Félix Carrasquer

O T R I D A



Biblioteca
de
J. Zornarillas &
Barcelona
1997

OTRIDA

FLOR DE LOTO

B70 An 680

Dedicatoria

A TODOS LOS NIÑOS:

De sobras sé, queridos amiguitos, que los cuentos más bellos, los que más os agradan, son los escritos por vosotros mismos. Pero el cariño que siento hacia vuestra persona inquieta y sincera, y la atracción que sobre mí ejerce la riente agudeza que os anima, siempre fresca y graciosa, me incitan a dedicaros unos momentos de trabajo en estas infantiles narraciones, escritas para vuestro deleite.

EL AUTOR

CUENTOS INFANTILES

Félix Carrasquer



TRIDA



Ediciones de la revista INICIALES

Premiá, 44 — Barcelona

Es propiedad
Copyright by «Iniciales»
1936

INT. INSTITUUT
SOC. GESCHIEDENIS

22 MAART 1993
691777
AMSTERDAM

Linotipia e imprenta Villarroel, 231 — Barcelona

OTRIDA

Nuestro amiguito había nacido en el oeste del Africa septentrional, en el dominio de la sábana, es decir, en la parte comprendida entre el desierto del Sahara y la selva virgen.

En la sábana hay una gran actividad de intercambio de productos de la selva por las manufacturas de Europa, lo que hace de esta región un país cosmopolita, siendo, además, uno de los sitios donde más se practica el apoyo mútuo, por hallarse en todo momento expuestos a las bandas de los salteadores que constantemente pululan por las desoladas regiones del desierto.

Allí estaba Otrida, cansado de ver siempre el mismo panorama: aquella extensa llanura, verde en primavera e invierno, se-

ca y árida en verano y otoño. Veía aquellos objetos maravillosos y de tan diversos colores que los mercaderes traían de lejanas tierras, y sugestionado por el colorido de las cosas y por su fantasía soñadora, un día, sin despedirse de sus padres, se marchó con una caravana de mercaderes; dándoles, por llevarle consigo, dinero que había sustraído a su padre, producto de la venta de unas reses que éste había realizado unos días antes.

Pero apenas introducidos en el desierto, los mercaderes hicieron bajar a Otrida del camello donde cabalgaba; escatimándole también la ración a las horas de comer.

Las jornadas eran largas y duras, bajo el sol abrasador, andando sobre una arena que quemaba como el mismo fuego, las noches, en cambio, eran frías; tan frías, que se helaba la respiración, Otrida, por otra parte, había creído que el desierto era una llanura inmensa, un mar de arena. Pero no era así, habían altas montañas y profundos valles que dificultaban la travesía.

Al tercer día de caminar por el desierto, los ojos de Otrida pudieron contemplar un hermoso paisaje, que parecía aún más maravilloso por el enorme contraste que ofre-

cía con los áridos alrededores. Era un oasis, es decir, varias hectáreas de tierra que, a pesar de estar en medio del desierto, están cubiertas de verdor y de altas palmeras, gracias a una fuente que en estos sitios surge del seno de la tierra.

En aquel lugar, Otrida se hallaba mejor. Los mercaderes se ocupaban poco de él y, además, había en el oasis niños de su edad, con quienes, a pesar de no hablar el mismo idioma, se entendía perfectamente. Pero la estancia en aquel vergel encantador duró pocas horas. Pronto la caravana reanudó su marcha y nuestro niño hubo de incorporarse de nuevo a tan fatigosa travesía, deseoso de contemplar cuanto antes los bellos países que se había forjado en su fantasía.

Aún encontraron otros oasis, todos encantadores; unos más chicos y otros más grandes, pero todos idénticos en vegetación, destacándose en todos, sobre el verde césped, la majestuosa palmera cargada de dátiles.

Por fin, con los pies llagados, extenuado por la escasa ración y los malos tratos recibidos de los mercaderes durante toda la travesía, llegó Otrida a Argel, quedando

absorto ante los lindos jardines y las construcciones simétricas, elegantes y policromadas.

Al llegar a la ciudad, nuestro querido Otrida abandonó a los mercaderes, que tan duramente le habían tratado, y empezó a contemplar con deleite los escaparates llenos de curiosidades.

Pero no era aquel país, donde tantas cosas bonitas y tan lindos colores había, el que en sus ensueños había imaginado; pues por ser su pueblo colonia francesa y al propio tiempo lugar de comercio, Otrida había aprendido algo el francés y por ello comprendía los insultos que algunos muchachos le dirigían, por el mero hecho de ser negro. Y aún era más, mucho más, lo que le faltaba ver, de esta llamada sociedad civilizada, a nuestro niño.

Pronto se apercibió del ambiente hostil que le rodeaba. Veía con dolor como aquellas cómodas y amplias casas cerraban sus puertas al anochecer, sin que en ninguna de ellas pudiese entrar; cómo, a pesar de estar los escaparates repletos de comestibles, nadie le daba algo con qué saciar su hambre.

No comprendía la vida de aquella multi-

tud de gente, indiferente y sin ningún cariño, alejados los unos de los otros como enemigos. Abandonado y solo, como si estuviera en medio del desierto, viviendo de lo que recogía por el muelle y entre los montones de desperdicios, brutalmente decepcionado, acordose de sus padres, de su pueblo, de la solidaridad existente entre sus vecinos y del apoyo que mutuamente se prestaban: arando colectivamente las tierras, cuidando entre todos los rebaños y auxiliando igualmente a los enfermos y necesitados. ¡Qué desencanto había sufrido ahora, al comparar los habitantes de su tierra, llamados salvajes y atrasados, con estos que se dicen civilizados y cultos. ¡Qué bajos y despreciables le parecían estos últimos!

Triste y apenado, por haberse marchado de su pueblo, Otrida pasaba el tiempo en aquella ciudad de sol ardiente y perfumados jardines. Pero un buen día acercósele un vendedor de periódicos y le propuso:

—¡Oye, negrito! ¿Quieres vender diarios, como yo? Así ganarás algún dinero para comer.

Otrida aceptó satisfecho. Se informó del precio del ejemplar y al día siguiente em-

pezó tempranito a vender prensa. Mientras voceaba los periódicos pensaba: «Este sí que es hombre bueno; me deja vender diarios para que pueda comer. ¡Qué bien! ¡Qué bien!» Pero más tarde, que conoció los secretos de su oficio, comprobó que si aquel individuo se había interesado por él, era solamente para explotarle; pues de tres céntimos que le correspondían de ganancia por ejemplar vendido, sólo percibía uno. Entonces se dió cuenta que vivía en un mundo de ladrones, donde cada cual procuraba robar al vecino. Y se decía: «Ahora me explico por qué me miran con desdén. ¿Cómo han de mirarme con cariño si son tan malos?»

Pocos días después, cansado de vivir en aquella ciudad, donde no pudo hallar ni un amigo, se marchó a Túnez, escondido entre los paquetes de un recadero que semanalmente hacía este viaje en camión. Antes de llegar al sitio de parada, Otrida se bajó del vehículo aún en marcha, dando algunas volteretas por no saber guardar el equilibrio.

Túnez le pareció a nuestro amiguito una reproducción de Argel: muchos jardines con palmeras, casas bonitas, escaparates

atiborrados de objetos caprichosos. Vió aquel mar inmenso, ante cuya vista se preguntaba qué habría después de la líquida llanura. Había oído decir que al otro lado del mar existían otras tierras, que ya deseaba conocer.

Pocos días llevaba en la capital de Tunicia y ya le acompañaban la miseria y el desprecio. Y hallándose pensando en sus padres, acercósele un mocito negro, como él.

—Oye, paisano—le dijo—; te he visto varias veces por aquí y parece que estás sombrío, ¿es que vives solo?

Mucho se alegró Otrida de que, por fin, encontrara alguien que le hablara con cariño y de que, precisamente, fuera de su raza; por lo que le contestó con cierta emoción:

—Sí, vivo solo; marché de nuestra tierra para conocer este país civilizado, que yo creía un paraíso y he visto que aquí la gente es mala, que nadie se quiere, que hasta los chicos, que allá en nuestra tierra jugábamos alegres, aquí se riñen continuamente.

—Yo—le contestó el otro muchacho—, aunque soy negro como tú, nada sé del país de que hablas; nací aquí mismo y

mis padres hace muchos años que murieron. Yo creía que en todos los sitios se vivía igual.

—Pues no es así, amigo—le dijo Otrida—en nuestro poblado los chicos no nos pegamos nunca; nadie padece hambre, porque se cultiva entre todos lo que se necesita y la cosecha también es para todos.

—Muy extraño es eso que dices, y parece que no se ha de vivir mal de esa manera; pero aquí ocurre todo lo contrario. Cada uno vive para sí y roba a los demás todo lo que puede; y el que nada tiene, si no es «vivo», muere de hambre. ¿Cómo te llamas, amigo?

—Otrida, ¿y tú?

—Yo, Daltón. Soy limpiabotas, y si quieres te enseñaré el oficio. No se gana mucho, pero nadie te manda, y para mal comer siempre se saca.

Otrida acogió con satisfacción lo que su nuevo amigo le proponía y se fué con él a una buhardilla que tenía alquilada. Días más tarde, Otrida había ya aprendido su nuevo oficio y, satisfecho, salió a la calle a ofrecer sus servicios a los transeuntes. ¡Ah, cuanto había cambiado la vida del negro desde que conociera a su amigo Dal-

ton! El sol le parecía más claro y alegre, los colores más vivos y las personas más amables, más cariñosas.

Pero aquel agradable estado de ánimo, aquella dicha que sentía trabajando y charlando con los muchachos de su oficio, de las costumbres de su país, donde las personas vivían como hermanos, duró muy poco. Aquella mañana, Otrida había madrugado más que de costumbre y se hallaba tarareando una canción de su tierra, bajo el tibio sol de las acariciadoras mañanas tunecinas, cuando, de improvisto, acercósele dos gendarmes preguntándole:

—¿Cómo te llamas?

—Otrida.

—¿Qué edad tienes?

—Once años.

—¿Vives aquí con tus padres?

—No; mis padres están muy lejos, al otro lado del desierto.

—Entonces, ¿quién te trajo aquí?

—Nadie. Quería conocer estas ciudades y me fuí de casa con unos mercaderes.

—¡Hum!—pronunció el guardia que preguntaba, dirigiéndose a su compañero—con gesto de sabio experimentado—. Este mocoso es irrespetuoso y rebelde, pre-

dispuesto al mal por naturaleza. Hay que llevarlo al correccional. —Y dirigiéndose al niño le ordenó—: ¡Vente con nosotros! Otrida no comprendió bien lo que aquel sujeto había dicho; pero aquello le parecía mal y miraba con cierto temor a sus uniformados acompañantes, que por lo serios y fríos parecían de piedra. Recorrieron varias calles en silencio, deteniéndose ante un caserón sombrío en las afueras de la población. Un portero les abrió el zaguán, indicándoles el despacho del director. El gendarme que hablaba—el otro parecía mudo—solicitó permiso desde la puerta, saludando militarmente al entrar. Otrida miraba atónito aquellas tramitaciones sin comprender nada.

—Señor—dijo el guardia, dirigiéndose a un hombre grueso y elegante que escribía sobre una mesa llena de papeles—, cumpliendo con nuestro deber de policía y saneamiento de la ciudad, hemos averiguado que este mozuelo, a pesar de su corta edad y de ser negro, vive sin familia; hallándose en camino, a no ser por nuestra acertada intervención, de convertirse en un golfo o, lo que es peor, en un criminal.

El niño quiso protestar, pero hicieronle

callar los guardias. El hombre grueso escribió unas letras sobre un papel y lo entregó a los gendarmes, quienes se marcharon saludando de igual forma que al entrar.

Al quedarse solos, el director clavó su mirada en el pobre niño asustado, interrogándole en la misma forma que lo habían hecho los guardias. Seguidamente hizo sonar un timbre y apreció un hombrecillo tocado con bata blanca, ordenándole el director:

—Mire, Osman; hágase cargo de este nuevo pájaro que nos han traído. Vigílelo bien, pues parece poco educado y bastante aventurero.

—Está bien—respondió el de la bata blanca. Y asiendo a Otrida por el brazo, no muy cariñosamente por cierto, atravesaron algunos corredores, hasta llegar a un cuarto de baño. Otrida, a quien no espantaba el agua, se zambulló gustoso. Luego, en vez de su ropa, le dieron un uniforme molesto, con el que se vistió. Pero lo que no podía ponerse, eran las botas.

—Yo nunca he calzado con nada mis pies—decía Otrida desesperado—. Aquí dentro no me caben los pies de ninguna manera.

Pero el hombrecillo de la bata blanca, sin

hacerle el menor caso, forcejeó hasta ponerle las botas; ordenando después:

—Vete por esa puerta grande y saldrás al patio donde juega la pandilla; anda, allí conocerás a otros que en adelante serán tus amigos.

Otrida se fué por donde le indicaba Osmán, algo alegre porque hacia aquella parte se oían bastantes voces de muchachos. Pero ¡ay! aquellas malditas botas no le dejaban andar. Se sentó en el suelo y se descalzó; abandonando aquellos aparatos de tormento junto a una pared. Ya con los pies libres, entró sonriente en el patio donde todos jugaban.

Pero su aparición interrumpió, como por resorte, todos los juegos. Los chicos se le acercaron para conocer, como de costumbre, al que había caído en la «ratera», denominación que daban al correccional. La curiosidad estaba acrecentada por tratarse de un niño de color. Le atormentaron a preguntas y algunos quisieron hacerle pagar el ingreso, como hacían con todos los novatos. Entonces la actitud curiosa de los niños se tornó agresiva y comenzaron a insultarle, a hacerle mofas y a tirarle piedrecitas. Un muchacho pelirrojo, con pretensiones de

gracioso, hizo con una hoja de papel un gorro, y poniéndoselo a Otrida, le ordenó:

—Anda, negrito, ahora báilanos alguna cosa.

Otrida, perdiendo la serenidad ante tanta provocación, de un puñetazo tumbó por el suelo al pelirrojo. En aquel instante entraba el director en el patio, y acercándose rápidamente a Otrida, le cogió por el brazo y con voz colérica gruñó:

—¿Conque, acabas de llegar y ya has metido el desorden en la casa? Enseguida se te nota que eres un sinvergüenza y un mal bicho. Pero, ¿como es que vas descalzo? ¿Donde están las botas que acaban de darte?

—Allí las he dejado, al lado de aquella pared.

—Ve a buscarlas, pues.

Pero Otrida, por más que buscó, no pudo dar con ellas. Alguien se las había hurtado. Por lo que el director, furioso, llamó a Osman, encargándole que hiciera cumplir las ordenes de castigo que imponía a Otrida, consistente en tres días de fregar todo lo que se ensuciara en la cocina, por haberse peleado, y por perder las botas, una semana de limpieza de retretes. Vien-

dose entonces Otrida rodeado de enemigos y pensando en su amigo Dalton, protestó:

—¿Por qué me han traído aquí? Quiero irme. Dejadme marchar.

—¿Marcharte?— repuso ironicamente el director. —Cuando seas un hombre util a la patria, ¿entiendes? ¡Casi nada, las pretenciones de este negrito! Y se marchó, satisfecho como si acabara de salvar el mundo con su intervención. ?

Otrida, perplejo de cuanto aquel día le ocurría, se preguntaba: «¿Qué clase de gente es esta y para qué he habrán traído aquí?» Nada sabía él de correccionales. Jamás había oído hablar de aquellas carceles de niños.

El grito de «¡A comer!» le sacó de sus cavilaciones. La comida, gracias al mucho apetito, le pareció bastante buena. Los demás chicos, mientras comían, se tiraban migas de pan y otras substancias, armando un griterío ensordecedor. Pero a Otrida nadie le molestaba ya en lo más mínimo, Habían comprobado que tenía buen puño y que también sabía contestar al director. Terminada la comida, se le acercó Osman ordenándole:

—¡A cumplir tu castigo, muchacho!

Es ya media tarde y aun le quedan a Otrida muchos cacharros que fregar. Tira el esparto, se sienta en el suelo y se enjuga el sudor con la manga. Entre tanto se acuerda de su buen amigo Dalton. ¿Qué pensaría al no encontrarle? ¡Si, por lo menos, supiera que había sido encerrado allí!

Llegó la hora de cenar y aun no había terminado de fregar lo ensuciado en la comida. Le llamaron haragan, inutil, y casi le pegaron. Tras la cena, volvió de nuevo en su tarea. Esta vez notó que sus fuerzas estaban agotadas. Tenía los brazos doloridos y las manos llagadas de tanto fregar, con sal y vinagre, aquellas enormes ollas, casi tan altas como él.

Fatigado y dolorido estaba Otrida cuando le ordenaron dormir. Apenas pudo darse cuenta de como era el dormitorio. Vió muchas camas en hilera, chicos que corrían y se tiraban cosas; pero todo bailaba ante sus ojos. Al instante de acostarse ya dormía profundamente.

Al siguiente día desayunaron con un poco de café con leche y enseguida fueron a clase. Aquéllo era completamente nuevo para él; nunca había visto una escuela. Como no sabía leer, le enviaron al grado

de los atrasados, que eran pocos, pero los más revoltosos. Allí estaba también el pelirrojo, que le miraba mal. El maestro era un hombre cetrino y malhumorado. En cuanto vió a Otrida, le dijo:

—Con que tu eres el nuevo, ¿eh? Sólo me faltaba un negrito en mi peloton...

Y cogiendo un puntero, comenzó a decir ante un cartel, señalando las letras del abecedario:

—Veamos, ¡atención! a, e, i,...

Nadie le hacía caso, pero él seguía señalando las letras y nombrándolas en alta voz. Algunos chicos del grupo hacían muecas detrás de profesor; otros construían pajarricos de papel, y Otrida pensaba en su amigo Daltón, discurriendo el medio de que podría valerse para escaparse de aquella cárcel. De pronto exclamó el maestro, dejando caer sobre su cabeza el puntero y produciéndole daño:

—Oye, maldito negro, ¿crees que estoy aquí desgañitandome para que tu te distraigas mirando el suelo? A ver, ¿qué letras me has aprendido?

El niño, no maleado aun por nuestro ambiente hipócrita, respondió sencillamente:

—A mí no me interesa éso.

—Con qué no te interesa eso ¿he?— pronunció el maestro furioso—. Espera, que te lo voy a hacer interesante.

Y levantando el puntero, pretendió descarlo sobre el muchacho. Pero Otrida huyó y el maestro no pudo darle alcance.

Llegó la hora de comer, Otrida, más compenetrado ya con el ambiente del correccional, dióse cuenta del desorden y de la falta de amistad que reinaba en la casa. Los niños se quitaban recíprocamente las cosas y la comida de los platos, reñían por cuestiones fútiles y se arrojaban mutuamente la mitad de la comida, en sus gracias y juegos. Otrida no comprendía cómo aquellos muchachos podían pensar en otra cosa que no fuera huir de aquél encierro.

Terminada la comida, llamaron a Otrida para cumplimentar su castigo. Pero antes de levantarse de la mesa, preguntó a su vecino, siempre obsesionado por su idea de fuga:

—¿Vosotros no salís nunca de aquí?

—Sí—contestó el aludido—, mañana, jueves, saldremos con los profesores. Pero tú no vendrás, porque los castigados no salen de paseo.

Otrida, decepcionado por la noticia, se dirigió lentamente a la cocina, empezando a

tro, que pesa tanto hoy?

Otrida tembló. Pero el cocinero no hizo caso y cargaron el depósito. El carro echó a andar, y a los pocos minutos ya se encontraba en las afueras del poblado, en pleno campo. Otrida sacó la cabeza con mucha precaución y, comprobando que nadie le veía, respiró tranquilo y sonriente. El carrero leía despreocupadamente el diario. Otrida se deslizó suavemente entre los desperdicios y, de un salto, se puso en el camino; le hizo una mueca cómica al carrero por la espalda y echó a correr en dirección a la población, en busca de su amigo Daltón.

Al pasar por una avenida elegante, oyó que le llamaban por su nombre. Se volvió. Era su amigo. Se abrazaron.

—Pero, ¿dónde estabas metido, Otrida?

—Vamos a casa y te contaré.

—Espera, pues, un momento.

Acabó Daltón de limpiar unos zapatos, y se marcharon contentos, cogidos del brazo, a la buhardilla.

Cuando Otrida hubo terminado de relatarle cuanto le había sucedido, Daltón, con cara de hombre serio, dijo:

—Querido amigo, ahora sí que tendrás

que irte de esta capital. Túnez, a pesar de sus ciento noventa mil habitantes, es demasiado pequeño para vivir sin que te vean los gendarmes al ir por la calle.

—Pero, ¿por qué he de marcharme de aquí, Daltón?

—¿Por qué? Porque si te encuentran, otra vez te llevarán al correccional, imponiéndote esta vez mayores castigos; incluso te pegarían, como hacen con otros. Pero espera—dijo rascándose la cabeza—, ya sé donde podrás ir sin costarte un céntimo. Conozco un cocinero de un paquebot que hace la travesía de Túnez a El Cairo. Es muy buen amigo. Tal vez él te pueda llevar como pinche.

—Pero dí, Daltón, ¿qué quiere decir paquebot y El Cairo?

—Paquebot, amigo Otrida, es una embarcación que cruza los mares llevando cartas y periódicos de una ciudad a otra. Y El Cairo es la capital de Egipto, es decir, una población mayor que Túnez.

—¿Y dices que iré a esa ciudad en un barco?

—Sí, hombre, con el amigo cocinero que te he dicho. Ya hablaremos con él cuando desembarque.

—¡ Ah, que bien ! Eso sí que me gusta— exclamó el muchacho palmoteando de alegría—. Iré por encima del mar y veré la tierra desde lejos. Pero lo que me apena es que tú, Daltón, el único amigo que he tenido en esta stierras, te quedarás aquí.

—No te inquietes por eso, Otrida. Si puedes embarcarte en el «Colón» con Arman, ya verás que buen amigo es él también.

—¿ Es negro también como nosotros ?

—No, es blanco ; ya le conocerás. Pues además de ser muy buen amigo, sabe muchas cosas.

Cada vez que llegaba al muelle una embarcación, Daltón corría a ver si era el esperado «Colón». Al fin, esta tarde lo ha visto cuando entraba en el golfo, y ha estado impaciente hasta que ha atracado. Ya habían descendido los pasajeros, cuando apareció Arman sobre cubierta. Es un mozo fornido, alegre y despreocupado, de unos veinte años aproximadamente.

—¡ Eh, Arman !—gritó Daltón con energía.

Saludáronse cariñosamente y comenzaron a andar hacia la ciudad vieja, donde Daltón vivía. Durante el camino puso al

corriente a Arman de lo que le ocurría a Otrida, rogándole le llevara consigo por tratarse de un niño muy bueno, listo y que, sobre todo, se hallaba tan solo que nadie le conoce ni ayuda, sino nosotros.

—Bien, hombre, bien — contestó Arman—. Veo con satisfacción que sigues tan noble como siempre. No te impacientes por lo que atañe a ese chavál. Algo haremos. Ya puedes contar que no se quedará aquí.

—Gracias, Arman. Pero si, como dices, soy noble, a tí lo debo. Sin tu ayuda, ni siquiera viviría ya. Tu me traías comida de tu casa cuando mis padres murieron ; tú me enseñaste a hacer de limpiabotas cuando fuí mayor ; y sobre todo, que es lo que más te agradezco, me acostumbrastes a que, antes de realizar algo, pensase si estaba bien o no, para evitar que pudiese perjudicar a otro sér.

—Deja eso, Daltón. Mira que fotografías más bonitas traigo este viaje—dijo el marino al mismo tiempo que le entregaba una colección de postales de El Cairo.

Llegaron a la habitación de Daltón, donde permanecía oculto Otrida. A los pocos minutos de charla ya habían simpatizado Otrida y Arman. Hablaron de las cosas

que a Otrida le habían sucedido en el desierto y de cosas de su país. Al llegar a las explicaciones que a menudo hacía Otrida, respecto al cariño y a la fraternidad en que vivían en su población, Arman exclamó:

—¡Lástima que el mundo entero no esté tan educado como tu pueblo! Bien queridos—prosiguió Arman—; ya se hace tarde y he de volver al barco.

Escribió en un sobre y se lo entregó a Otrida diciéndole:

—Mañana por la tarde vas al vapor en que estoy y di al vigilante que encontrarás a la entrada, mostrándole este sobre, que te indique el lugar de la cocina. Una vez allí, te quedarás conmigo.

Al amanecer el día siguiente en que Otrida se había introducido en el paquebot «Colón», éste levó anclas emprendiendo su marcha hacia Oriente, surcando el golfo tunecino majestuosamente. Otrida contemplaba todo aquello desde la redonda ventanilla de la cocina, nerviosamente emocionado. Armand trataba de distraerle:

—Fíjate, Otrida, que bien se ve desde aquí Túnez y sus alrededores. En primer lugar, la ciudad moderna, llamada europea, tras ella, la vieja ciudad, donde vivías, y,

en el fondo, allá lejos, como si dominara a toda la población, se encuentra la Mezquita del Olivo. ¿Ves, a nuestra derecha, ese promontorio que está entre el mar y la ciudad? Pues bien, amigo, en ese sitio, próstero hace muchos años, hubo una de las poblaciones mayores del mundo en su época, que se llamó Cartago.

—Y ahora, ¿donde está aquella gran ciudad?

—¿No sabes—repuso Arman—que existieron y existen hombres ambiciosos que desean que el mundo sea suyo, y para conseguirlo organizan guerras en las que se matan los hombres como fieras?

—No, yo no sé nada de eso, Arman.

—Pues mira; en una de esas guerras arrasaron a Cartago, matando a todos sus habitantes.

Cuando el buque se hubo internado en el mediterráneo, Arman se presentó al capitán y le explicó que en la bodega había encontrado un muchacho negro, proponiéndole:

—Si a usted le parece, podría tenerlo en la cocina, puesto que ya hace tiempo que no tengo ayudante.

Accedió el capitán, después de requerir la presencia de Otrida e interrogarle. ¡Qué

feliz se sentía nuestro niño en aquel lugar, al lado de Arman, quien le narraba historias al mismo tiempo que le enseñaba a cocinar!

Ya habían dado la vuelta a la península de Maubin, torciendo por el cabo de Bone. Paulatinamente iban alejándose de tierra, hasta que ya sólo podían distinguir mar. Todo el día tuvieron ante la vista el mar inmenso, apareciendo la noche tibia y estrellada. Para al amanecer del día siguiente, véfase a lo lejos una franja de tierra, y una hora después, la embarcación entraba de nuevo en el puerto de Trípoli.

—Esta rada de Trípoli—explicaba Arman a Otrida—, en días tranquilos como hoy, es quieta y agradable; pero con mar tempestuosa, es una de las más peligrosas del Mediterráneo. Muchos son los buques que han zozobrado al intentar entrar en ella.

Durante las horas que estuvieran retenidos en Trípoli, mientras paseaban por la ciudad, Arman seguía informando a Otrida:

—Esta población, de setenta mil habitantes, es la capital de Albania ó Trípolitania, y está enclavada en el centro de un oasis. Al final de aquellas palmeras que a lo lejos

se perciben, está el desierto, que tu ya conoces.

—¡Oh, el desierto!—dijo amargamente Otrida—. Si no fuera tan grande, iría a ver a mis padres algún día.

—¿Te acuerdas mucho de tus padres, Otrida?

—Sí, bastante. Cuando sea mayor cruzaré el desierto y volveré a mi poblado. A lí no se conocen tantas cosas como aquí, pero las personas son mejores.

Al anochecer dejaron tras sí la capital de aquella colonia italiana, internándose de nuevo por la serena y azul superficie marina. Y dos días más tarde, siguiendo dirección Este, entraron en el hermoso puerto de Alejandría; que con sus cuatrocientos cincuenta mil habitantes, sus bellos edificios modernos y antiguos y sus limpias avenidas repletas de lujosos bazares, agradó mucho a los ojos de Otrida. Arman, para ilustrar a su amiguito le informaba:

—Esta fué, en época lejana, la capital más culta e importante del mundo. Luego fué decayendo hasta convertirse, hace doscientos años, en un simple pueblo. Hoy ha vuelto a crecer de nuevo, siendo actualmente la segunda ciudad de Egipto y una de las

más lindas del Mediterráneo.

Al amanecer del siguiente día, levaron anclas y el «Colón» se encaminó veloz hacia el río de los faraones; llegando al mediodía frente al primer brazo de los dos que tiene el Nilo; o sea al del Oeste, llamado Roseta. Y dos horas después, el «Colón» entraba por la desembocadura del Este, que tiene por nombre Damietta. Estos dos brazos o desembocaduras forman el extenso delta del Nilo, exuberante de verdor; donde se cultivan hermosos campos de forrajes, algodón, frutas y verduras exquisitas.

A medida que ascendían por el famoso Nilo, crecía en Otrida el entusiasmo que le causaba la majestuosa belleza que presentaban las dos riberas. Al anochecer, aquellas serenas regiones ofrecen un policromado crepúsculo:

Terminó el delta, ensanchándose el río y dos horas más tarde llegaron a El Cairo, capital del histórico Egipto milenario; ciudad que aparecía extensa y profundamente iluminada.

Al otro día, Arman acompañó por aquella seductora ciudad, de ochocientos mil habitantes, a nuestro amiguito Otrida;

quien, maravillado, admiraba las diversas bellezas que la población encerraba. Pasaron por el barrio europeo, contemplando sus hermosos jardines, sus avenidas pulcras y rectas; los modernos y elegantes edificios y las bibliotecas repletas de volúmenes, donde Arman leía los días que pasaba en el Cairo. Después visitaron la encantadora ciudad antigua, llenas de artísticas mezquitas y de museos repletos de objetos valiosos e interesantes, que recuerdan la época lejana en que Egipto era el emporio del mundo artístico y científico. Pero a Otrida, más que todas estas bellezas que aún no podía valorar, lo que le admiraba era la luz intensa de aquel cielo egipcio, que daba un color vivo y brillante a las cosas.

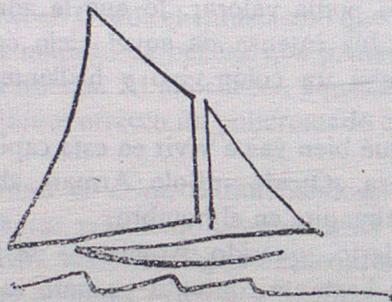
—Qué bien vas a vivir en esta capital tan hermosa, Otrida—díjole Arman, dándole una palmadita en el hombro.

—Cierto, querido Arman — respondió Otrida bastante contento—; pero más que por lo bonito que es esto, me consideraré feliz estando a tu lado, aprendiendo a leer en los libros y todas esas cosas que tu sabes. Estudiando quiénes fueron nuestros antepasados, quiénes somos nosotros y qué de-

bemos hacer para amarnos más todos los seres. Estudiando todas esas cosas que tu dices y que yo no comprendo, pero que quiero aprender a tu lado...

Y Otrida siguió viajando en el «Colón», y aprendiendo cada día nuevas cosas al lado de Arman.

FIN



FLOR DE LOTO

(Historieta Oriental)

Morena y esbelta; linda y graciosa, va Flor de Loto con su cántaro al lado a buscar agua al Ganges, por entre el fresco sendero orlado de bambúes. Camina la niña ligera; sonrío. Dejádla. Va absorta recordando el mundo de ilusiones y fantasías de que están saturados los relatos y cuentos con que su abuelita la recrea cuando ambas, para resguardarse del cálido sol de la India, se sientan en el bosquecillo de palmeras que rodea la casa. En tanto, la niña teje algún tapiz polícromo y afeligranado.

Así, embebida en la ilusión de aquellos ensueños de hadas cariñosas, príncipes galantes y delicados y de praderas inmensas tapizadas de flores multicolores, avanzaba rápida y rítmicamente Flor de Loto como una flor alada que viniera con su gracia a embellecer el bosque de bambúes. Pero cuando más distraída estaba y era más feliz recreándose en aquel mundo interior maravilloso; cuando para nosotros (¿verdad, amiguitos?), hubiera sido un sacrilegio interrumpir aquel sueño precioso; una vocecita, también de niña, pero violenta y autoritaria, rompió el encanto de la morena soñadora, haciéndola volver a una realidad bien distinta. Allí, a su lado, en el borde mismo del sendero, alzábase un magnífico palacio de brahmanes y en la balastrada del jardín esta-

ba, sería, Draitá, de edad aproximada a la de Flor de Loto, que con desdén y seriedad decía a nuestra amiguita:

—¿Desde cuándo la hija de un campesino se atreve a pasar por delante de la de un brahmán sin hacer una reverencia de acatamiento?

Ruborizóse Flor de Loto y contestó un tanto humillada:

—Perdón, Draitá; iba distraída y no te vi.

—Lo que te ocurre, Flor de Loto, es que te vuelves presumida y orgullosa, como si fueras princesa o hija de brahmanes.

—Repito que iba distraída y no te vi. Pero, dime, ¿las princesas tienen algo más que yo?

—¡Qué cosas dices, muchacha! Tú, la hija de un paria del campo, ¿quieres compararte a una princesa?

—Mira, Draitá. Cuando yo era más niña y mi abuelita me contaba historias de princesas encantadoras, delicadas como pétalos de rosa, hermosas como mañanas de abril; adorables por su bondad augusta, que hasta amansaban las fieras con su gracia, yo veía a estas princesas como de una naturaleza superior. Pero tales princesas ya murieron; sólo viven en la fantasía. Las de ahora son como yo: mejores o peores; pero en general como yo. Sí, Draitá. El año pasado hablé con una princesa que me compró un tapiz en el mercado de Quitán, y hablaba como todos e incluso quería que le rebajase el precio de mi trabajo.

—Ya decía yo que eras orgullosa. Yo soy hija de brahmanes y jamás me atrevería a de-

cir que me parezco a una princesa.

—Y tú misma, Draitá, ¿qué tienes más que yo?

—Tengo riquezas y servidores.

—¿Y tú qué hiciste para obtener esas riquezas?

—Yo, me hace gracia, pues nada; las tenían mis padres.

—Mi padre dice que no debemos estar satisfechos con las obras que realicen los demás, sino con las que nosotros mismos hagamos. Y si tú nada hiciste para adquirir esas riquezas, no debes estar muy satisfecha con gozarlas.

—Eso será para la casta de tu padre que es campesino; pero nosotros por algo somos superiores.

—¿Y sois superiores porque tenéis criados que os lo hacen todo?

—Por eso y por otras cosas.

—Oyeme, Draitá: ¿quién te parece superior: el niño que necesita que le vistan, le alimenten y cuiden, o la madre que realiza esos cuidados?

—Naturalmente que la madre.

—Entonces tus criados son superiores a ti, porque te proporcionan los cuidados que tú no sabes suministrarte.

—No: eso no. Los criados vienen obligados a servirme porque son parias y yo soy de la casta noble de los brahmanes.

—Yo sé muy poco de castas, es verdad; porque entre ayudar a mi madre en las faenas de

la casa, subir agua del río y tejer algún tapiz. sólo me queda tiempo para cantar y soñar. Pero a mí me parece superior quién, como nosotros, vive de un trabajo sin necesitar nada de los demás. Mi padre trabaja ayudado por mi madre en el huerto y así cosechamos suficiente para vivir. No tenemos palacios; pero nuestra casa es bonita; enclavada en el centro del bosquecillo de palmeras que la acarician con su sombra. Mi abuela me hace reír y soñar con sus bellos cuentos, los ruiseñores cantan conmigo entre las campanillas de los enredaderas de mi casa.

¿Puedo desear algo más?

—Dices eso porque eres hija de parias y sientes envidia de los brahmanes. Quisieras ser tú de nuestra noble casta.

—No siento envidia de nadie, Draita. Los pájaros y las flores son mis amigos y me hacen feliz. ¿Sabes lo que dice mi madre?

—¿Y a mí que me importa lo que tu madre diga?

—Dice que la verdadera nobleza consiste en estar siempre alegres procurando no molestar a los demás, para que ellos también lo estén.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que si efectivamente fueras noble, como tú quieres suponer, no me hubieras llamado para decirme que soy paria, cosa que podría molestarme. Yo en tu lugar me habría llamado o me hubiera ido, con la niña que pasa por el sendero, a jugar a orillas del río con las mariposas entre las flores de loto y de cham-

paca.

—Eres una insolente que deberías ser castigada por falta de respeto a nuestra casta; creadora y mantenedora de la India.

—Yo no sé lo que es vuestra casta. Lo que sí sé es que si un día desaparecieran los campesinos de India junto con los demás trabajadores, los brahmanes tendrían que convertirse en productores o de lo contrario morirían de hambre. En cambio, si los brahmanes desaparecieran, los campesinos y todos los demás obreros, no sólo no seguirían viviendo sino que estarían muchísimo mejor, porque no tendrían que mantener a tanta gente...

—¿Quién te ha enseñado a decir esas blasfemias?; ¡maldita!

—No te enfades, Draita; a mí nadie me ha enseñado nada, pero sí oí de labios de un paria que había sido despedido de casa de unos brahmanes, hace pocos días, estas palabras: "Todos sabemos que del malestar y la miseria que hace gemir a la India, son culpables los brahmanes, con sus privilegios y tiranías; todos lo sabemos, pero nadie se atreve a decirlo en voz alta".

—Si mi padre te oye te manda ahorcar. Ve; vete, plebeya; no quiero oírte.

—No te molestes, Draita, pues tú me has obligado a hablar así. Además, nada dije que no sea verdad. Y tomando su cántaro, siguió de nuevo por el ondulante sendero orlado de hombrías, entonando una canción melódica y soñadora mientras llegaba al río sagrado.

Lea la revista de los espíritus libres

INQUIRIES



INDIVIDUALISMO · ANAR-
QUISTA · NATURISMO Y
EUGENISMO · PROCREA-
CIÓN VOLUNTARIA Y CONS-
· CIENTE · SEXOLOGÍA ·

.....
Ejemplar, 25 ct.

.....
Se envía muestra gratis

.....
Premiá, 44 (Sans)

.....
Barcelona



— Ediciones de la revista INICIALES

Premià, 44 — Barcelona

◆ precio: 0'30